

su antiguo teniente Sancho de Avila, el que despues de su salida de Bruselas entregó la ciudad de Amberes á la amotinada tropa: exige que se le envíe igualmente su secretario Albornoz, arrollado tambien en su desgracia, pero cuyos servicios le son indispensables, dice el duque (1). Debe mantener la disciplina en un ejército de treinta y dos mil infantes, con sus mujeres y criados, con la artillería y los zapadores (2), sin contar la caballería y el séquito del rey. Pero el rey permanece prudentemente en Badajoz (3), desde donde dirige los víveres al campamento y los espías á Portugal (4).

Los mejores espías eran los regentes dejados por el rey Enrique: simulaban armamentos para dar satisfaccion al pueblo (5) y sembraban el desorden para impedir que se organizara la resistencia. Sólo un hombre mostró energía, Manuel Elmada, obispo de la Guarda: declaró que Don Antonio era hijo legítimo del infante Don Luis (6) y el único heredero del trono; convocó en un valle, á las puertas de Santarem, treinta mil campesinos y apareció en medio de ellos con el pretendiente Don Antonio y el conde de Vimioso, que tambien descendia de los reyes de Portugal. Al ver á estos brillantes caballeros que hablaban á su corazon, que hablaban de la patria, los hombres de los villajos y el populacho de Santarem se imaginaron que podrian defenderse. Un zapatero proclamó por rey á Don Antonio; el entusiasmo se expresó á gritos (7), pero únicamente los religiosos llevaron el amor del país al extremo de tomar las armas (8).

Así pues el nuevo rey sólo iba acompañado de un pequeño número de partidarios cuando hizo su entrada en Lisboa, donde fué recibido por el arzobispo y por Juan Tello de Meneses.

(1) *Doc. inéd.* tom. XXXII, pág. 20. Albornoz vuelve de este modo al favor del rey, de quien el año siguiente recibió un beneficio de cuatrocientos ducados. (Cartas de Madrid, 8 de enero de 1582.)

(2) *Ibid.* pág. 13. — La correspondencia de Mora está publicada *Doc. inéd.* tom. VI, pág. 27 á 661; la del duque de Medina Sidonia, t. XXVII; la de Sancho de Avila, tom. XXXI; la del duque de Alba tom. XXXII á XXXIV; la de Silva, tom. XXXIX á XLI. Una copia de la correspondencia de Mora existe en la Biblioteca de Metz. (Com. real hist. Bélgica, año 1869, pág. 145.)

(3) *Ibid.* tom. VII, Felipe llega el 21 de mayo de 1580 á Badajoz.

(4) *Ibid.* tom. XXVII. «Que desde luego se vayan ganando hombres que puedan servir de espías.

(5) Cabrera, tom. II, pág. 578 y *Manifiesto de Don Antonio*, publicado por Plantin, pág. 34. Estos regentes eran Juan de Masquerenas, Francisco de Sa, Lopez de Souza, comprados los tres para España. Los otros dos, Juan Tello de Meneses y el arzobispo de Lisboa eran favorables á Don Antonio.

(6) Antonio confiesa en su *Manifiesto* (pág. 9) que ignoraba «quod clandestinum intercesserat conjugium quodque ejus rei adhuc exstant testes aliquot fide digni». Nació en 1531.

(7) El 15 de junio de 1580.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 607.

Hubo de reclutar allí algunos millares de hombres, «entre los negros y la más vil canalla, cuyos capitanes eran religiosos que llevaban la cruz en la mano izquierda y las armas en la derecha (9).»

Portugal caia, quebrantado por su desastre y por las defecciones. El duque de Braganza se entregaba á Felipe II por un collar del Toison de oro. Muchos gobernadores de ciudades vacilaban en reconocer por rey al hijo de la Pelicana, á quien Felipe II había declarado rebelde con todos los que lo seguian. El soberano legítimo era Felipe: los que se le resistian se hacian reos de lesa majestad (10). Con esto los hombres pacíficos, los que quieren el orden bajo un gobierno fuerte, llamaron al ejército del duque de Alba, vitorearon á su vanguardia; y no se puede imaginar, escribe Albornoz (11), el número de personas que acuden de los pueblos á pedir gracias ó la confirmacion de sus empleos ú otros privilegios.

El movimiento popular de Santarem habia servido de pretexto á la invasion, y Felipe impelia á su ejército con una actividad contraria á sus hábitos. «Ayer tuve aviso del duque de Alba, dice al de Medina Sidonia (12), de cómo se entregó la villa de Montemor el Nuevo, que es de las principales de Portugal, habiéndose huido antes Don Diego de Meneses y Don Francisco de Portugal, y el ejército camina sin perder tiempo, y lo mismo combiere que haga el armada, pues en la vriedad consisten los buenos efectos; y así he mandado dar muy gran prisa al marqués de Santa Cruz.»

El 16 de julio el duque de Alba está delante de Setubal: lanza al asalto una columna de portugueses rescatados de los moros por Felipe II (13); trepan á los muros y entran casi sin resistencia.—Hubiera querido, dice Alba (14), salvar á lo menos del pillaje la mitad de la poblacion; pero bien he visto que deseaba cosa imposible y que hubiera sido hacer una grave injusticia á los soldados.—En cuanto se encendió la primera mecha de arcabuz, el antiguo opresor de Flandes sintió el ardor de la fiebre: no se le hable de ganar por medios suaves nuevos súbditos para su rey y señor; él no ve en ellos más que rebeldes que debe castigar. Hace

(9) Cabrera, tom. II, pág. 611.

(10) *Doc. inéd.* tom. VII, Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*.

(11) *Ibid.* tom. XXXII, pág. 200, Albornoz á Zayas, del 5 de julio de 1580.

(12) *Ibid.* tom. XXVII, carta del 18 julio 1580.

(13) *Doc. inéd.* tom. XXXI, carta del 16 de julio 1580, y t. XL, pág. 340.

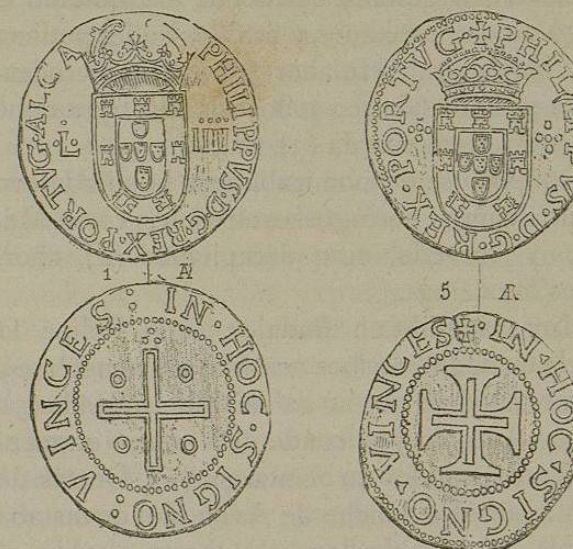
(14) *Ibid.* XXXII, pág. 277, al rey, del 18 julio 1580.

llamar á del Rio, aquel que echaba tranquilamente á la calle á los burgueses flamencos, despues de haberlos despojado de todo lo que poseian, y le da á explotar á Portugal. En cuanto á los prisioneros, tampoco los perdona. Siempre que cae en sus manos un caballero, «Pienso, dice, pienso mañana cortarle la cabeza» (1).

Ante este huracan, en medio de este terror, los bravos Meneses, Vimioso, con sus frailes y negros, no pueden salvar más que el honor nacional. El rey Antonio, sin audacia ni prestigio, espera que el papa defienda sus derechos. El papa, en efecto, está tentado á presentarse como árbitro entre los dos príncipes cristianos: acaba de enviar al cardenal Riario de España, encargándole, para seducir á Felipe, de un tesoro inestimable, la mitad del cuerpo de uno de los niños inocentes que Herodes degollara (2). Felipe acepta al inocente, rodea de festejos y piadosas ceremonias al cardenal Riario (3), lo retiene á su lado y mientras el marqués de Santa Cruz lleva la escuadra á Setubal, toma á bordo el ejército del duque de Alba y se hace á la vela para Lisboa.

En Lisboa estaba el pueblo agitado por calurosas predicaciones y falsas noticias. De pronto sabe el sitio de Setubal. «Muchos religiosos recorren á caballo la ciudad, con las armas desnudas, animando al pueblo á embarcarse; las mujeres gritaban y las iglesias se llenaban de gemidos (4).» Lánzase á las barcas sin orden, sin jefe, sin armas, sin víveres; el calor es sofocante... sábase en este tumulto la toma de Setubal y la proximidad de la escuadra al mando de Santa Cruz, y saltan atropelladamente en tierra. Por la noche entran en la ciudad las milicias de los pueblos inmediatos que han derrotado á los arcabuceros españoles desembarcados á orillas del Tajo. El rey Antonio, aturdido con los clamores, consiente en dirigir una salida en masa contra el ejército del duque de Alba, que Santa Cruz pone metódicamente en tierra; pero ántes de alejarse tres leguas de la ciudad, observa que los que lo siguen son «menos numerosos y ordenados de lo que pensaba;» pídenle de comer y lo obligan á volver á la capital. El día siguiente «el sastre, el zapatero, todos los artesanos y los lugareños que se jactaban de poder ellos solos vencer á todo el

mundo, no salen ya de sus casas (5); hubieran querido más bien pelear con palabras.» Sin embargo, el pretendiente Antonio consigue apostar siete ú ocho mil hombres en el puente de Alcántara á fin de defender el barranco que separa á Lisboa del ejército invasor. El duque de Alba envía á Próspero Colona «á comenzar la fiesta,» atacando de frente el puente con sus arcabuceros italianos (6), mientras Sancho de Avila conduce á los españoles por las crestas para tomar por el flanco á los defensores del puente y Santa Cruz cañonea las casas de Lis-



Monedas portuguesas de oro y plata del reinado de Felipe II

boa. Antonio es herido en la frente (7), sus hombres se dispersan y Próspero Colona pasa el puente.

En vista de esto, el consejo de la ciudad de Lisboa ofrece capitular bajo las condiciones de un perdon general y la confirmacion de los privilegios municipales. «No hay otra manera de trato ninguno, contestó el duque de Alba (8), sino dar la obediencia á S. M. como á su rey y señor natural y entregarse á lo que fuese servido hacer de ellos.» Los habitantes se dieron prisa en enviar las llaves de la ciudad, mientras el herido pretendiente les grita: «¡Judíos! vosotros me pusisteis en esto y ahora me desamparais.» Despues toma una barca y se retira á Santarem con el conde de Vimioso.

Los vencedores se dispersan por los barrios y se dan al pillaje; se apoderan de barcos cargados de mercancías y añaden al cargamento los muebles saqueados en las casas; pero el duque de Alba logra preservar en parte el interior de

(5) Nardin, pág. 294.

(6) *Doc. inéd.* tom. XXXII, pág. 455, Alba al rey, 25 agosto 1580.

(7) *Manifiesto*, pág. 40.

(8) *Doc. inéd.* tom. XXXII.

(1) *Doc. inéd.* pág. 344, del 1.º agosto 1580.

(2) Cabrera, tom. II, pág. 504.

(3) Nardin, pág. 282.

(4) *Ibid.* pág. 272.

la ciudad. Muy luégo lo pone en cuidado la indisciplina que traen consigo estos abusos. Hace muchos días que los pueblos inmediatos están sufriendo el pillaje, sin poder reservar ningun objeto útil (1). «Los desórdenes que hoy pasan, escribe Alba (2), son de manera que yo no pensé verlos jamás ni que en gente de guerra pudiesen haber. Yo aseguro á V. M. que no hay coronel, maese de campo, capitan y oficial ninguno que haga su oficio como le ha de hacer, y que á todos ellos se les podría muy bien suspender los cargos. He ahorcado buen número de soldados, he echado á galeras cincuenta, he quitado el cargo á ocho capitanes y á todos se les pudiera muy bien quitar. He ahorcado tantos merodeadores y tantos ahorco todos los días que temo que me faltará cuerda (3).»

Tampoco se economizaba más la cuerda con los prisioneros portugueses: los jefes, como Meneses y Acevedo, eran decapitados (4), ahorcados los demás.

Muy tranquilo en Badajoz, supo Felipe II que la ciudad de Lisboa acababa de someterse y se persuadió de que no había sido saqueada (5). El rey Antonio y el conde de Vimioso eran entre tanto acogidos en Santarem (6). Detrás de ellos avanzaba Sancho de Avila que devastaba el país. «Acabo de llegar á Oporto, escribe al duque de Alba (7). Todo se ha saqueado y creo que no se dejó cruz ni cáliz en toda la tierra. Los soldados son insolentísimos y digo á V. Excelencia que he ahorcado y descalabrado muchos, que no he hecho en mi vida otro tanto.» «Cobrar esto y volverlo á las iglesias,» pone Felipe II al márgen; después acaba con mucho sosiego la lectura de esta carta que el duque de Alba le había transmitido. «Aquí, continua el maestre de campo, se han prendido algunos italianos y ingleses: para ahorcar son muchos. Si el marqués de Santa Cruz los hubiese menester para el remo, podría enviárselos.—No, escribe Felipe al márgen: más pena merecen que galeras.

Ante esta orden, Sancho de Avila, el veterano de las matanzas de Flandes, el verdugo de Amberes, retrocede de espanto y desobe-

(1) *Doc. inéd.* pág. 353, Pedro Bermudez Delgado, 2 agosto 1580.

(2) *Ibid.* pág. 368, el duque de Alba al rey.

(3) *Ibid.* tom. XXXII, pág. 285.

(4) *Ibid.* pág. 370, y Herrera tom. II, pág. 255.

(5) *Ibid.* tom. XXVII, pág. 370, el rey al duque de Medina Sidonia. «Sin sangre ni saco.»

(6) *Manifiesto*, pág. 42. Este documento es intitulado: «*Explana-tio veri ac legitimi juris quo serenissimus Lusitaniæ rex Antonius eni-tur ad bellum...*» Lugd. Batav. Plantin, 1585.

(7) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 296. Carta del 24 oct. 1580.

dece. Después escribe (8): «¿Qué se ha de hacer de los prisioneros? «Tengo las cárceles llenas.» —«Manda S. M., hay escrito al márgen, que se haga lo que de justicia se deba hacer; ordene á Sancho de Avila que lo execute, pues ningun bien se puede seguir de la dilacion y ya se avisó al duque que de los vasallos de S. M. se hiciese justicia, tanto de los de acá como de los de Italia, y que los demás podrian ir al remo.»

Lo más peligroso de estos supuestos súbditos portugueses no estaba en las cárceles de Sancho de Avila: el rey Antonio había huido á pié, y oculto en un cañaveral, permanecido un día entero con agua hasta el pecho (9); después anduvo errante de cabaña en cabaña, entre Duero y Miño, espacio de siete meses, sabiendo que se había puesto su cabeza á precio de veinticinco mil ducados. La solicitud de una mujer fuerte, Beatriz Gonzalez, le facilitó al fin su evasion en un barco que lo condujo á Calais (10). Entónces recayó la venganza sobre la pobre Beatriz, que fué condenada á muerte (11).

Esta evasion irrita á Felipe II, que no oculta su despecho á su ejército. ¿Qué se quiere de nosotros, escribe uno de los jefes militares (12)? «Como si aquí lo tuvieramos en la manga, haciendo más mudanzas que tiene una pavana y va saltando de un lugar á otro. Todos quieren ser generales, que el ejército sea encantado, siempre invencible y que viva del aire.»

Aquel rey que tan mal sabia merecer el amor del soldado y exigía la disciplina, permaneció en Badajoz durante el año 1580, que había sido señalado por los astrólogos como una época maldita.—Y en efecto, las mujeres vagamundas y prostituidas recorrian el país en tan gran número que era una lástima verlas y oirlas. Eran azotadas y marcadas. Después vino una epidemia catarral y en nuestro monasterio del Escorial no hubo un hermano que no tuviera que guardar cama: cuatro murieron y entre ellos el primer pintor de miniaturas de España Fray Andrés de Leon, y en Badajoz fué también atacado del mal el mismo rey (13).—En efecto, Felipe II se creyó bastante grave para juzgar

(8) *Doc. inéd.* pág. 303. Carta del 30 de octubre.

(9) *Manifiesto*, pág. 49.

(10) *Ibid.* pág. 51.

(11) *Cartas de Madrid*, 26 de junio 1582. «Ya avian sentenciado la muger que ayudó á embarcar á Don Antonio.»

(12) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 228, el Prior Don Hernando, el secretario Zayas.

(13) *Ibid.* tom. VII, pág. 335, Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*. La misma enfermedad se padecía al mismo tiempo en Roma y en París, y atacó á Enrique III y al duque de Guisa. Era «una forma de reuma ó catarro que llamaron *coqueluche*» (L'Estoile, *Journal*, edición Jouaust, tom. I, pág. 361. Junio de 1580.

necesario dictar su testamento, atribuyéndose su pronta curacion á la audacia de Vallés «gran médico que le sacó á la vida con experiencia peligrosa y terrible al parecer de sus compañeros, purgándole en conjuncion de luna» (1). Pero durante esta breve crisis, supo la reina Ana que el testamento no le confiaba la regencia. Nadie ha dicho cuáles fueron las escenas secretas entre la codiciosa alemana y el receloso Felipe. Sólo se saben los arrebatos de cólera del rey contra el imprudente Antonio de Padilla (2) que había revelado á la reina el secreto del testamento: el pobre Padilla, como en otro tiempo el cardenal Espinosa, no pudo resistir á las recriminaciones del rey y murió de despecho en algunas horas. Casi al mismo tiempo, la reina, probablemente maltratada también, murió (3) cuando sólo tenía treinta y un años (4). Dejaba al rey tres hijos, de los cuales murieron dos muy luégo como los precedentes (5), y su hermano el archiduque Alberto, á quien había adoptado por hijo Felipe II y acababa de recibir el capelo de cardenal (6).— Esperemos, dijo el rey al enterrar á su cuarta mujer, que goce de la presencia divina: en todo debemos someternos á la voluntad de Dios (7).

Pero cuando acabó el año maldito, cuando hubieron desaparecido todos los defensores del rey Antonio, no pudo ya ménos de dejarse ver. Hacia meses que el duque de Alba había escrito (8): «Lo de aquí es acabado, gracias á Dios, y S. M. puede entrar ya en este reyno con tanta quietud como por Madrid.» Con todo eso, Felipe avanzó lentamente, recibió los juramentos de fidelidad en el convento de Thomar (9) y hasta fines de junio no se atrevió á hacersu entrada en Lisboa (10) y todavía rehuyó presentarse en público «por ser de suyo retrai-

(1) Cabrera.

(2) Presidente de las órdenes.

(3) El 26 de octubre de 1580.

(4) Esta muerte prematura, inmediatamente después de la curacion del rey, fué considerada como milagrosa «y se dijo que la reina había suplicado á Nuestro Señor la sacara de esta vida en lugar del rey su esposo (Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*) y Dios escuchó su ruego, porque el rey sanó y la reina cayó enferma. (Florez, *Reinas Católicas*), tom. II, pág. 908.

(5) Don Fernando, que nació el 4 de Diciembre de 1571, murió el 18 de oct. de 1578.

Don Carlos Lorenzo, nac. el 12 agosto 1573 y mur. el 9 julio 1575.

Don Diego Félix, nac. el 12 julio 1575 y mur. el 21 nov. 1582.

Don Felipe, nac. el 13 abril 1578 y viene á ser el tercer rey de su nombre muriendo en 1621.

Doña María, nac. el 14 febr. 1580 y mur. el 4 agosto 1583.

(6) El 26 de mayo de 1577, *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 189.

(7) *Doc. inéd.* tom. XXVII, el rey á Medina Sidonia, 7 nov. 1580.

(8) Carta del duque de Alba á Don Diego de Sandoval, del 1.º de setiembre 1580, copiado por Rodriguez Villa y comunicado á Morel Fatio.

(9) En abril de 1581.

(10) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 407. El 29 de junio 1581.

do» (11), lo que en nada contribuía á fortificar su partido. No pensó tampoco más en cortar la persecucion ni en restablecer la disciplina. Al contrario comienza á dirigirse el rigor contra las mujeres. Sabe el rey que se ha preso á una hija del rey Antonio y á la mujer de uno de los jefes portugueses, Don Diego Botelho, y manda que las lleven á Lisboa, «después de despojarlas de todo cuanto posean» (12): es su primera orden. Después las envía como penitentes bajo la autoridad y vigilancia de religiosas españolas. La madre del conde Vimioso y siete de sus hijas son simplemente encerradas en una torre de Castilla; la viuda del bravo Meneses es despojada de sus bienes y abandonada á la caridad pública. Para descubrir al rey Antonio, á quien se supone aún oculto entre Duero y Miño, se registran los monasterios de religiosas (13) y se prende á los magistrados. El duque de Alba no es reprimido en su celo sino cuando persigue á los extranjeros. Un día (14) tuvo el gusto de prender á tres franceses que llegaban de Madrid y con el portugués en cuya casa habían parado en Lisboa y el patron de la barca en que iban á embarcarse, someterlos á tortura sin ningun motivo. «Temo, escribe el rey, que ha de haber grandes quejas de haberse dado la cuerda á estos franceses, y más si lo sabe San Gouard, el embajador que está en Madrid. Conviene que se les dé algo y embarcacion para que vayan contentos y sin quejas y sin pasar por Madrid» (15).

Pero sin esta, no dejaba de tener quejas Saint Gouard, el cual escribía á Enrique III: «Se han prendido algunos franceses por haberse puesto en cobro oportunamente. Un barco francés con sesenta ú ochenta hombres ha sido apresado por las galeras, sin quedar á vida más que siete hombres que, después de la refriega, fueron ahorcados en las mismas galeras» (16). Con esto se trasladó á Lisboa, en cuanto Felipe se instaló allá, y escribió memorias sobre los episodios de esta conquista que se quería hacer pasar por pacífica.—Han cortado la cabeza á un abogado por haber sostenido los derechos de Don Antonio. Don Antonio debe tomar muchas precauciones, pues no son pocos los

(11) Granvela á la duquesa de Parma, 29 febr. 1581. Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VII, pág. 568.

(12) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 314. — *Cartas de Madrid*, carta del 18 set. 1581.

(13) *Doc. inéd.* tom. XXXIV, pág. 163. El duque de Alba al rey.

(14) *Ibid.* pág. 256. El Duque de Alba al rey, 17 abril 1581.

(15) El rey está demasiado receloso para renovar esta recomendacion (pág. 260).

(16) Ms. Bibl. nac. 16168, fol. 36, del 3 de junio 1581.

portugueses que lo andan buscando, pagados para matarlo. Ciertos castellanos lo buscan tambien con el mismo objeto (1).—Pero este observador no tardó mucho en hacerse importuno, y como por entónces no eran muy armónicas las relaciones con Francia, fué invitado bastante brutalmente Saint Gouard á salir de Lisboa y á no alejarse de Madrid (2).

Sin embargo, las violencias oficiales no atropellaban sino á un limitado número de víctimas. La mayor parte de los atropellos eran efecto de la licenciosa soldadesca. «En el pueblo de Conto de Mayorca cincuenta hombres de á caballo, que traen consigo mujeres y criados, sorprenden á los habitantes y los tratan cruelmente con muchos agravios y sinrazones, y afrentas que hacen á ellos y á sus mujeres y hijas.» El mismo Felipe II se queja á Sancho de Avila (3), y el hecho es general. Por otra parte otros cien jinetes «que con la gente de á pié y mujeres que traen consigo hacen número de más de trescientas personas, se hacen dar de comer y servir por los habitantes, les quitan la ropa y los muebles y les infieren mil injurias y vejaciones; y quieren tomar las hijas y mujeres de los hombres y maridos, y con las otras solteras que llevan consigo cometen muchas deshonestidades á vista de los huéspedes» (4). Más de veinte pueblos son destruidos por estos excesos en unos cinco meses á vista y paciencia del rey (5). Los castellanos llamaban salvajes á los portugueses, y como salvajes los trataban (6). El mismo Sancho de Avila hubo de secuestrar á una dama que no tenia lazos ni relaciones ningunas con los rebeldes, Doña Juana de Castro, á fin de obtener un buen rescate. Luégo cuando recibe del rey la orden de ponerla en libertad, se chancea sobre el incidente afirmando que sólo pretendía casarse con la dama, la cual no tenia razon para estar descontenta (7). «Si á Sancho de Avila, dice de buen humor el duque de Alba (8), le ponen una puerca tocada, se casará con ella.»

En medio del libertinaje de un ejército in-

(1) Ms. Bibl. nac. fol. 75. V. tambien el fol. 32. «Degollaron á un letrado.» Pedro Dor, cónsul de Francia en Lisboa, fué tambien maltratado.

(2) Ms. Bibl. nac. 16108, fol. 127 del 23 de julio 1582.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 390, del 9 abril 1581.

(4) *Ibid.* pág. 371, del 29 de marzo.

(5) *Ibid.* de marzo á julio 1581, págs. 389, 393, 398, 406, 407, 425, 462. Sería interesante conocer la opinion personal del rey. M. Gachard ha hecho copiar en Simancas la correspondencia de Felipe II con los infantes durante la campaña de Portugal: probablemente la hará imprimir.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 32.

(7) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 371, del 29 marzo 1581.

(8) *Ibid.* tom. XXXIV, pág. 168.

disciplinado y suelto en un país acobardado, quedan los campos sin cultivo, se olvidan las precauciones higiénicas y la peste se propaga sin obstáculo.—El mal hace rápidos progresos, muchos soldados mueren diariamente, escribe Sancho de Avila (9), y yo tengo más pesar de ver caer uno de la peste, que veinte en el combate. Oporto se despuebla: la peste, la miseria, la falta de policía y de remedios hacen la situación muy grave (10).—La peste pasa adelante en Lisboa, escribe Saint Gouard (11).

Y el hambre hace tantas víctimas como la peste (12).—De mí sé decir, escribe Sancho de Avila (13), que al ver tales y tantas calamidades me he decidido á hacer penitencia; y como la más severa de todas las penitencias es, á mi parecer, el casarse con una moza, cuando uno es ya viejo, he tomado esta determinacion.—Y se casó en efecto, pero murió poco despues de una coz de caballo.

La mayor parte de estos males debe atribuirse á la negligencia del rey, que no sabia proveer á las necesidades de su ejército. Sin pan ni víveres, el soldado se veía en la necesidad de robar el sustento contrayendo hábitos de bandolerismo. En medio de tales desórdenes se completó la anexión de Portugal, única empresa del reinado de Felipe II que hubiera tenido buen éxito. La fama de la victoria no debía sin embargo deslumbrarlo. España habia perdido sus renombrados tercios y sus ministros. Los antiguos hombres de guerra, Santa Cruz y Alba, echaban miradas de inquietud á lo que quedaba detrás de ellos de las tradiciones del grande emperador. Alba sucumbió primero. «Estaba indispuerto en Lisboa, escribe el cardenal Granvela, que veía con los mismos ojos la inevitable caída (14), y muy flaco por haberle sobrevenido cámaras y calentura lenta; pero como mamaba de una mujer, se hallaba algo mejor.» Ni la sangre que habia hecho derramar, ni la leche que chupaba podian devolverle la juventud y murió tres años despues (15) que el rey cardenal, que le habia dado el ejemplo de solicitar senos no destinados á los viejos (16). Ignorábase su edad: él confesaba setenta años;

(9) A Zayas, el 18 abril 1581, tom. XXXI, pág. 405, y á Delgado pág. 408.

(10) A Delgado pág. 412, del 26 abril 1581.

(11) A Villeroy, Ms. Bibl. nac. franc. 16107.

(12) A Zayas, *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 414.

(13) *Ibid.* pág. 415, del 29 abril, 1581.

(14) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 354. Granvela á Cristóbal de Salazar, 10 de diciembre de 1582. Guy Patin, *Correspond.* t. I, pág. 521.

(15) El 12 de diciembre 1582.

(16) P. Anselmo, *Hist. genealógica.*

otros le daban más años (1). Cuando se abrió su ataúd, unos cuarenta años despues, «la composición del rostro, la gravedad de las canas, la autoridad de persona superior no habia perdido» (2).

La desaparición de esta autoridad dejó un gran vacío en el ejército español: Felipe II no tuvo ninguna idea de esto. «Sin duda fué una gran pérdida, dijo (3); mas como son obras de Dios, no hay que decir más de darle gracias por todo.»

Este fatalismo era muy útil en aquel momento á su corazón de padre, porque los hijos de la reina Ana se morían uno tras otro: sólo el enteco príncipe Felipe (4) escapaba de la viruela y de las mortificaciones de la etiqueta, niño de genio dócil, pausado y modesto, triste imagen de la decrepitud universal.

A esta decadencia fué precipitado Portugal. Muchas calamidades lo habian abrumado en tres años, postrándolo hasta el punto de impedirle por mucho tiempo todo esfuerzo. Ahora se van á llevar hácia las posesiones de Ultramar las últimas tentativas de resistencia. En la madre patria, sólo el clero conserva el sentimiento nacional. Deja correr el rumor de que el rey Sebastian no ha muerto, que le ha sido impuesta una penitencia de siete años y que luégo aparecerá purificado y vencedor (5). Así nacen las leyendas: la salvación podía nacer tambien; ya la credulidad popular registraba

las ermitas y anhelaba suscitar un vengador entre los misteriosos penitentes. Dos ó tres eremitas así transfigurados en reyes por el mito, fueron prudentemente enviados á galeras; y el obispo de la Guarda que habia querido sustraerlos á este suplicio, fué estrangulado (6). Un médico, el licenciado Mendez Pacheco, fué condenado al remo por haberse dejado llevar por Doña Francisca Lalva (7) á la Sierra del Carnero, entre Oporto y Guimaraens, á la cabecera de un jóven herido, cuyo rostro cubria un antifaz de tafetan negro, y por haberlo asistido secretamente.

Felipe II creyó poder ahogar estos rumores haciendo celebrar las exequias del rey Sebastian. Al intento envió á Ceuta (8) á Don Alonso de Leiva y al duque de Medina Sidonia, los cuales recibieron de manos de los marroquíes el supuesto cadáver de Don Sebastian y lo llevaron á Belem, donde Felipe II lo hizo depositar solemnemente en su presencia en medio de los otros sepulcros de la familia real portuguesa (9). Pero otro manejo fué más eficaz. Los Padres de la Compañía supieron persuadir á uno de los impostores condenados á que confesara su fraude (10). Con este hábil golpe ridiculizaron el patriotismo portugués, granjeándose el favor del rey. De esta manera obtuvieron el permiso de presentar en el Escorial á unos príncipes japoneses que prometían propagar la fe católica en aquel lejano imperio (11).

CAPITULO IV

EXPEDICIONES NAVALES

DE LOS INGLESES Y LOS FRANCESES CONTRA LAS POSESIONES ESPAÑOLAS

1579—1584

PRIMERA CAMPAÑA DE DRAKE.—ISABEL Y SUS CONSEJEROS.—MEZQUINDAD DE LA POLÍTICA FRANCESA.—ESFUERZOS DEL REY ANTONIO EN EL EXTRANJERO.—EXPEDICIONES A LAS AZORES.—SEGUNDA CAMPAÑA DE DRAKE

I.—Primera campaña de Drake

Mientras Felipe II entregaba al exterminio á Portugal y los Países Bajos con tropas sin soldada y empleados sin autoridad, Francia é Inglaterra hubieran podido unirse para combatir su política invasora. Pero su oposición se limitó á tentativas aisladas y desautorizadas, á golpes mal dirigidos y á tímidas oscilaciones.

(1) Granvela al prior de Bellefontaine, *Corresp. de Felipe II*, tomo I, prólogo.

(2) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 363.

(3) *Ibid.* pág. 357, el rey á Medina Sidonia.

(4) *Ibid.* pág. 354, del 10 de diciembre de 1582.

(5) Herrera, tom. II, pág. 447.

La debilidad del coloso acababa de probarse, sin embargo, por un marino audaz, sir Francis Drake, que salió de Plymouth á bordo de su barco el *Golden hind*, en 1579, apresó un navío portugués en las islas de Cabo Verde y volvió á pasar el invierno á la bahía de San Julian.

(6) Herrera, tom. II, pág. 448.

(7) Era esposa de Don Cristóbal de Tabora. Cabrera, tomo III, pág. 184.

(8) *Cartas de Madrid*, 13 agosto 1582.

(9) *Cartas de Madrid*, 20 diciembre 1582.

(10) Herrera. «Por consejo de los Padres de la Compañía yva diciendo que no era Don Sebastian.»

(11) *Ibid.* tom. II, pág. 451.